

de su seno, aborrecía á los Witt, y amaba en extremo á los Orange; pero el partido contrario á este había tratado en union con Cromwell la paz de Westminster, á condicion de que no se eligiese por estatúder al príncipe de Orange ni á sus herederos. El proyecto secreto de Cromwell era impedir que Orange, yerno del rey de Inglaterra, fuese jefe de la Union, y por tanto peligroso á su usurpado poder. Algunos Estados rechazaron aquella exclusion, originándose de aquí contestaciones y diferencias que los partidos filosóficos exacerbaban, como en otro tiempo lo hacian los teológicos.

Los reformados de Ginebra habían adoptado las doctrinas peripatéticas purificadas por la escolástica; Teodoro Beza se declaró partidario de Aristóteles; Ramus por el contrario, adoptó sus doctrinas, pero substituyó á la de aquel su propia lógica, la cual á su vez fué rechazada de Holanda por la oposicion de José Scalígero. Entretanto se fué aumentando el crédito de la filosofía de Descartes, que en 1629 había ido á acogerse á Holanda; pero la combatió Gisberto Voecio, á quien se unieron los ortodoxos, juzgando que la duda sistemática de aquel conducía al ateísmo, mientras que Juan Cock (Coccejus) de Bremen, defendió á Descartes, y sostuvo en la interpretación de la Biblia, que debía darse la preferencia á la razon y á la filosofía, y que no satisfaciendo el sentido natural, era preciso penetrar en el secreto místico.

Los Voecianos estaban protegidos por los Orange; y los cocceyanos por los Witt, en atencion á que eran partidarios de la soberanía de hecho; pero el sínodo de Dordrecht declaró, que la filosofía era distinta de la teología; que la Biblia, fundamento de esta, no admitía las interpretaciones derivadas de principios filosóficos, y excluyó de las escuelas la doctrina de Descartes. Esta, sin embargo, iba adelantando á la sombra de los cocceyanos y de los Estados de Holanda; los Venecianos quedaron separados de las cátedras y de los cargos públicos, y de este modo se confundieron la teología, la filosofía y la política. Cuando se llegó á determinar la fórmula de las oraciones que habían de recitar públicamente los sacerdotes, estallaron los partidos, no sabiéndose á quién correspondía la soberanía, es decir, por quién se había de rogar: los cocceyanos se aprovecharon de la ocasion para hacer que los Estados de Holanda proclamasen que la soberanía residía en la asamblea de los de la provincia, único juez supremo despues de Dios; los otros negaron á la Holanda el derecho de arreglar la oracion comun; pero fueron obligados á aceptarla. Algunos diputados que en aquella ocasion se habían expresado con mucha libertad, temieron ser perseguidos, é hicieron por tanto que se aprobase la ley de indemnizacion, con arreglo á la cual, si alguno sufría perjuicios en su persona, en sus bienes ó en su honra por sus opiniones políticas, era reintegrado por el gobierno. La política de Holanda estaba entonces en su

auge, y dirigida por el gran pensionario Juan de Witt, que fué calificado de diversos modos, como sucede en tiempo de encarnizadas contiendas, y acaso porque tenia los defectos y las virtudes de jefe de partido. Hombre de gran instruccion, magistrado íntegro, hábil hacendista, de carácter recto y noble, astuto sin ser pérfido, taciturno, audaz, modesto, aunque respetado, práctico conocedor de los hombres, sobre los que ejercía el ascendiente de una razon robusta, de una sencillez honrosa y de una moderacion constante, no fué acusado de un solo delito en aquella turbulenta época: él solo resistió á la corrupcion de aquel Luis cuya profusion destruyó tantas virtudes, y que llegó á ser su enemigo inexorable. Versado en el derecho y en las matemáticas, aplicó el álgebra al comercio; nadie como él conocia los intereses de los diferentes Estados, ni observaba tanto ni con tanta seguridad; de suerte que, á pesar de las dificultades que ocasionaba aquella oligarquía, sabía proceder con la resolucion pronta de un ministro absoluto; trataba con franqueza, escuchaba las proposiciones que se le hacian, y preguntaba hasta quedar perfectamente enterado de lo que se trataba. Quería la república á la manera antigua, y que hubiese un ejército nacional: creía que así como los Quincios dejaban el arado, se podía tambien pasar desde el comercio á ser jefe del ejército; y tuvo el orgullo, siendo comerciante, de vestir el uniforme de soldado. Esta es la mayor tacha que le imputaron sus enemigos; nosotros le inculparémos, porque con su demasiada confianza en el mar descuidó las fortalezas de tierra, cuando era tan escasa la fe que debía tener en sus vecinos.

Llevó á cabo con Francia la alianza de Paris, tan beneficiosa para esta, mientras que los Holandeses no cuidaban mas que de asegurar recíprocamente las posesiones. Pero Luis XIV, con su genio despótico, no podía mirar bien á aquellos republicanos que deseaban oponérsele, ya contrariando ó ya censurando sus acciones. En el tratado de paz de Aquisgran, habiendo preguntado un Frances á un magistrado de Amsterdam: *¿Cómo! ¿no os fiáis de la palabra del rey?* Este respondió: *No sé lo que el rey desea, pero considero lo que puede.* Colbert había inspirado gran aversion á Luis hácia aquella república industriosa, cuya prosperidad en vano inspiraba á llevar á Francia: Louvois hacía escribir libelos contra el rey y contra sus intentos políticos, fingiendo que venian de Holanda, en donde á la verdad las gacetas usaban otro lenguaje diferente que el de las oficiales de Francia: se decía estar representado en las monedas el Leon de Bélgica, teniendo entre sus garras un cañon y el lema *Sic fines nostros tueamur et undas*; y en el reverso la Holanda figurada por la imágen de Josué deteniendo al sol (1).

(1) Posteriormente Luis hizo acuñar una moneda con un Neptuno en actitud amenazante, y la palabra de Virgilio

Aun cuando los Estados dieron satisfaccion de aquellas pretendidas injurias, Luis quería no obstante vengarse de los comerciantes que se atrevían á compararse con un rey: y en el espacio de cuatro años empleó toda su obstinacion y habilidad en buscar los medios de destruirlos. En primer lugar, trató de disolver la triple alianza, lo cual era fácil, porque Carlos II de Inglaterra no había tenido nunca intencion de sostenerla, ni la Suecia había visto en ella mas que una especulacion de banco sobre España. Enriqueta, duquesa de Orleans, hermana de Carlos II, fué enviada á su lado (1), para que ademas del amor fraterno emplease con él otras seducciones, entre ellas la de presentarle una hermosa jóven á quien en breve hizo célebre con el nombre de duquesa de Portsmouth. Carlos, pues, ofreció hombres y naves, y hasta hacerse Católico, tanto por poseer dinero de que el parlamento le tenia escaso (2), como por la esperanza de que la destruccion de la república holandesa sería un triunfo para el despotismo sobre la constitucion inglesa. La Suecia y los príncipes del Rin se adhirió á este tratado; nunca la diplomacia había andado tan de prisa; ni aquellos á quienes Luis se dirigía buscando neutralidad, alianza ó matrimonio, podían negársele porque eran inferiores.

Habiendo Carlos de Lorena tratado sobre este asunto con los Holandeses, Luis tomó pretexto de aquí para ocupar la Lorena, con lo que aquellos quedaron en peligro é interrumpida de esta manera la comunicacion entre los Países Bajos y el Franco Condado. La armada de los Holandeses florecía con los cuidados de Ruyter, pero sus tropas y sus plazas se hallaban descuidadas á causa del encono que tenían á los nobles, y el país era víctima de los partidos. Hicieron pacto de mutua defensa con el rey de España y el elector de Brandeburgo. Carlos de Inglaterra, que había obtenido dinero del parlamento á pretexto de comprar armas para la triple alianza, hizo entonces de modo que un navío suyo fuese atacado por los Holandeses, y empeñó á la nacion á que vengara la afrenta, declarándoles la guerra al mismo tiempo que los Franceses entraban en los Países Bajos. Constaba el ejército de Francia de ciento diez mil hombres de hermoso aspecto y perfectamente equipados por Louvois; Vauban era quien dirigía los ataques; la artillería era formidable, y los generales no tenían quien les igualase.

Luis pasó el Rin, atravesó las fronteras que se hallaban desguarnecidas, y no encontrando mas que oficiales sin experiencia, una caballería bisoña, y tropas que carecian de valor militar y

Quos ego. Los Holandeses, que eran unos comerciantes muy instruidos, respondieron con otra, cuya leyenda tambien era de Virgilio: *Maturate fugam, regique hinc dicite vestro. Non illi imperium pelagi.*

(1) Fué en persona á Doúvres, y á su vuelta murió de repente: el pueblo decía que envenenada, y los médicos que del cólera morbo. Bossuet la inmortalizó lamentando su muerte y ocultando sus defectos.

(2) Lingard publicó el tratado original.

de municiones, se adelantó con gran rapidez hasta cerca de Amsterdam. En vano trató Witt de evitar el peligro excitando á rechazarlo valerosamente, y á destruir las provisiones que se hallaban junto al Rin: semejante resolucion no convenia á las oscilaciones de una asamblea en la que ni el partido orangista había dejado de existir, ni el republicano de ser dominante. Los Holandeses, viéndose desprovistos de todo y aislados, presentaron á Luis unas condiciones muy humillantes; pero como este pretendía fuesen mayores, y que se restableciese el Catolicismo, rechazaron el tratado y tomaron la resolucion de trasladarse á Batavia con sus barriles de arenques y de oro, calculando que tenían suficientes naves para cincuenta mil familias: por último, con el valor de la desesperacion, se determinaron á resistir.

Las intrigas y las desgracias exacerbaban los ánimos, atribuyéndose la culpa de todo á Juan Witt. Este, comprendiendo que los Orange volverían á ser jefes, les puso de antemano algun limite con el *Edicto perpétuo* de 1667 y con la *Armonía* de 1670, con arreglo á los cuales debían quedar siempre separados la dignidad de estatúder y la de jefe del ejército. Pero en medio de aquellas desgracias, todos proclamaron capitán y almirante á Orange, el cual jóven aun, nuevo en las armas, conciso en el hablar y falto de soldados, ocultaba una gran ambicion y un valor indomable, que le hacian capaz de igualarse con el gran Luis.

Aquel Witt que en el espacio de diez y nueve años había mostrado un amor tan desinteresado á la libertad, fué acusado entonces como cómplice de la invasion; á aquel hombre integérrimo, que solo recibía 3,000 francos al año, que desechó las recompensas ofrecidas por los Holandeses y las seducciones de Luis; que no tenía para su servicio particular mas que un criado y una doncella; que andaba á pié cuando cualquier cortesano del rey ostentaba lujosos trenes, se le imputó haber invertido mal el dinero público: en los pulpitos se incitaba en contra suya á la plebe, la cual si antes le miraba como autor de su prosperidad, á la sazón le maldecía como causa de sus desgracias. Intentaron asesinarle á él y á su hermano Cornelio, *ruart* ó bailío de Putten, y no habiéndolo conseguido, les acusaron de haber querido dar muerte á Orange. Cornelio mostró tanto valor al tomar parte en la batalla naval de Southwold, aunque se hallaba enfermo, como al sufrir con serenidad tres horas y média de tormentos espasmódicos. El gran pensionario, invitado á visitarle, fué encerrado en la misma prision, de donde no salieron sino para ser asesinados por el pueblo, con tal encarnizamiento que llegó hasta venderse su carne en pedazos (1). Los Es-

(1) Habiendo subido dos oficiales y cuatro ciudadanos á la habitacion de los señores Witt, el pensionario les demostró con tanta amabilidad y fuerza la inocencia de su hermano y la injusticia que cometía el pueblo rebelándose contra ellos,

25 de febrero.

Muerte de Witt. 26 de julio.

tados concedieron una amnistía general, y dieron plenos poderes al estatúder que con ellos ahogaba la libertad.

que prometieron obtener su libertad. Otros ciudadanos de la misma compañía vinieron á ver si los dos hermanos estaban en la habitación. Al punto entró el fiscal con algunos oficiales y cinco ó seis ciudadanos. El fiscal dijo al ruart que era menester que aquellos quedasen cerca de él para responder de su persona al pueblo. El señor de Witt, creyendo que aquello correspondía al ruart, trató de nuevo de salir de la habitación; pero le detuvieron los ciudadanos. El fiscal los apartó suplicando á los dos hermanos que tuviesen paciencia, hasta que se apaciguase el tumulto, dejándolos con los ciudadanos que les convidaron á comer. Al levantarse de la mesa, el ruart, sumamente debilitado con el tormento, se echó sobre el lecho en traje de casa; su hermano se sentó á su lado, tomó la Biblia y continuó leyéndole algunos capítulos.

Cinco horas después de haber sido dispersada la caballería de Tilly, la compañía de ciudadanos del manto celeste que al salir de la plaza de Bleyen recibió socorros de cerveza, vino y aguardiente, de que no tenía necesidad para aumentar su violenta rabia, se adelantó hácia la corte á las cuatro de la tarde: desde allí se encaminó á la puerta de la prisión dando fuertes gritos y animándola el señor Van Bauchen, magistrado del Haya, considerado por los sublevados como su jefe; forzó la guardia de la puerta, diciendo que no era otro su intento sino el de conducir á los dos hermanos ante el príncipe de Orange, con el objeto de que determinase lo que debía hacerse con ellos. Entretanto los sublevados no cesaban de disparar una multitud de tiros contra la puerta de la prisión, y no pudiendo hacer saltar la cerradura y los cerrojos á fuerza de culatazos, el platero Veroef, uno de los jefes más furiosos, tomó un martillo de un herrador, con el que hizo pedazos la puerta. Los amotinados, desesperados de no poderla romper, amenazaron con horribles juramentos el dar muerte á todos los que estaban en la prisión si no se la abrían. El carcelero, aterrado ó más bien ganado, abrió, y subieron al punto en tropel la escalera, entrando en el cuarto donde estaban los dos hermanos.

Hallaron al ruart en el lecho en traje de casa y á su hermano sentado á su lado con un manto de terciopelo, leyendo la Santa Escritura. El gran pensionario trató de inspirar algún sentimiento de humanidad á aquella turba furiosa, pero en vez de aplacarse le obligaron así como al ruart á salir de la habitación, diciendo que le conducirían al sitio en donde se castigaba á los criminales. Los dos hermanos se dieron un triste adiós en la escalera, y el ruart, que estaba muy débil, bajó apoyado en su hermano, que conservando mucha serenidad en peligro tan inminente, exhortó con dulzura á los ciudadanos á que volviesen á sus ocupaciones. «Amigos, les decía, bajando la escalera, ¿para qué servirá todo esto? Nosotros somos inocentes, no somos traidores, conducidme donde queráis y mandadme procesar.» Á estas palabras le respondieron con violentos ultrajes, gritando: *Adelante, adelante, ya veréis pronto lo que sucede.*

Un herrador había tratado ya de asesinar al ruart en la cama, y lo hubiera hecho, si el golpe que le dirigió no trompezara en la cabecera. Al bajar, otro de los sublevados le hirió por detras con una mesa, haciéndole rodar hasta la puerta, de donde fué levantado para arrastrarle por los cabellos hasta el pórtico inmediato á la prisión que conducía al patíbulo. El gran pensionario, cuyo sombrero se había caído en la escalera, salió descubierto de la cárcel, buscando con avidez á su hermano, que ya estaba muerto. En esto, un notario llamado Van Soenen le dió con una pica en la cara, no impidiéndole por esto la herida el tratar de meterse entre la fila de los soldados creyendo encontrar allí á su hermano; pero los ciudadanos, así que lo advirtieron, le cerraron el paso. Entonces un tal Pedro Veranghuen le apuntó con un mosquete, pero no habiendo dado lumbre, hizo á Juan de Witt una herida tan grande que le dejó sin sentido. Sin embargo, Juan aun tuvo fuerzas para apoyarse sobre las rodillas y gritar *Hermano mio*, cuando un tal Van Valen le cogió por el cuello, le puso un pie en el pecho y le descargó un tiro en la cabeza, gritando: *Hé aquí el malvado que ha hecho traición á la patria.*

Muertos ya los dos hermanos, se reunieron los ciudadanos al rededor de los dos cadáveres haciendo muchas descargas; después despojaron los dos cuerpos, rompieron sus vestidos en mil pedazos, los cuales se distribuyeron por las ciudades inmediatas. Únicamente el manto del gran pensionario quedó intacto, tomándole un escudero y dándole en venta á Vyterberg diciendo: *Hé aquí los restos del gran Juan.*

En los cadáveres de los dos hermanos se cometieron las

Luis era el autor de todo, pero sin conocer que trabajaba en su daño. Ofreció á Orange una de sus hijas naturales, pero este respondió que los príncipes de su casa estaban acostumbrados á casarse con hijas legítimas de grandes reyes. Luis no se olvidó de aquel agravio, y Guillermo se vió precisado á ser su rival inexorable. Á la caída de los Witt, Guillermo fué proclamado estatúder, y pensó en reformar la patria con el valor, la ambición y la obstinación de sus padres. Ruyter, el ilustre amigo de los Witt, triunfó en el mar con setenta y dos navíos de guerra y otros setenta entre fragatas y brulotes; pero en tierra eran muy escasos sus recursos; y aun cuando Orange hizo la guerra con retiradas que equivalían á victorias, los Franceses cometían atrocidades cual si fueran salvajes.

Las dos villas de Swammerdam y de Bodegrave, compuestas de seiscientas casas, fueron reducidas á cenizas, quedando una sola por casualidad libre del furor de los soldados y del incendio general. Creían cumplir con un deber de religión destruyendo las iglesias de los herejes, sin exceptuar ninguna. Los edificios públicos en donde se administraba la justicia y se ejercía la vigilancia sufrieron la misma suerte. Los soldados que habían formado aquel cruel designio se habían provisto al salir de Utrecht de mechas y materias combustibles: cerraban en las casas al padre y á la madre con sus hijos para extinguir de un golpe á una familia, y cuando se movieron las cenizas y las piedras de las casas, se hallaron una infinidad de cuerpos medio consumidos y los hijos quemados en los brazos de aquellos ó aquellas que les dieron el ser. Una madre ciega á causa de su decrepitud fué muerta en presencia de cuatro hijos que la asistían, teniendo su tumba como ellos en las llamas, que les redujeron á cenizas. Variando la crueldad hasta lo infinito,

mayores crueldades: después de haberlos arrastrado desnudos por el lodo hasta la horca, fueron colgados en ella, empleando mechas de mosquete á falta de cuerda. El que hacía de verdugo, viendo á Simonsson, sacerdote del Haya, le preguntó «¿Señor ministro, están colgados bastante altos? No, le respondió: no, ata á este bribon un poco más arriba.» Hablaba de Juan de Witt.

Pero no quedó con esto satisfecha su rabia. Al gran pensionario le cortaron los dos dedos que había levantado para jurar el edicto perpétuo, y con los cuales firmaba; después hicieron la misma operación en uno y otro con las narices, las orejas, los dedos de los pies y de las manos y las demás extremidades del cuerpo, que fueron vendidas desde 40 hasta 30 sueldos. El platero Veroef abrió sus cuerpos, sacándolos los corazones, los cuales conservó algún tiempo enseñándolos por dinero. Uno de aquellos malvados no pudiendo arrancar los dientes al ruart, le cortó los órganos genitales; otro le sacó un ojo y se lo comió, y un tercero, habiendo cortado á Juan un pedazo de cadera, dijo: «Quiero asarlo y comerlo con mi amigo Tichelaar, aunque rebiente.»

BASNAGE, *Annales des Provinces Unies.*

Dos hijos de Barneveldt conspiraron para vengarle en el estatúder, pero habiendo sido descubiertos, huyó el uno, y el otro fué preso y condenado á muerte. Su madre imploró en favor de aquel el perdón de Mauricio, el cual se admiró hiciese por el hijo una súplica que no había hecho por su marido, y ella le dijo: «No he pedido gracia para mi marido porque era inocente, ahora la pido para mi hijo porque es culpado.»

Guillermo de Orange.

1673.

otra madre que había criado igual número de hijos, los vió matar á su presencia, siendo luego inmolada al furor de los verdugos. El príncipe de Orange, que llegó á aquellos lugares dos días después, halló una multitud de niños con los brazos y las piernas cortadas y otros cuerpos mutilados, que dejó algún tiempo sin dar sepultura para que los viesen los pasajeros, con el fin de que aprendiesen lo que debían esperar de los Franceses. Los soldados se divertían en coger á aquellas inocentes criaturas por los pies, arrojarlos al aire y recibirlos después en la punta de las picas ó de las espadas; felices aquellos que en ellas encontraban la muerte, porque unos eran lanzados á las llamas, y para otros se ideaban nuevos tormentos. Violaban á las hijas á la vista de las madres, á las mujeres delante de sus maridos; y los soldados que no encontraban suficiente número para desfogar su brutalidad, satisfacían su infame pasión veinte ó más de ellos en una sola persona, evitándoles luego el dolor de sobrevivir arrojándolos al agua ó al fuego. La avaricia, unida á la crueldad, animaba á los oficiales á la par que al soldado; colgaban á los hombres en las chimeneas de sus casas, encendiendo en ellas un gran fuego, para que ahogándoles y quemándoles el humo de la hoguera y la llama les obligase á descubrir el oro que poseían y que muchas veces no poseían, de suerte que eran víctimas de un pensamiento igualmente avaro y cruel.

«No siendo suficientes á contener el furor de los soldados los suplicios y las crueldades ordinarias, se inventaron otros extraordinarios. Despojaron de sus vestidos á las jóvenes y á las mujeres violadas, echándolas desnudas al campo, en donde perecían de frío. Un oficial suizo que halló dos hijas de buena casa en tan triste estado, les dió su capote y alguna ropa blanca que tenía, recomendándolas al llegar á su puesto á un oficial francés, el cual en vez de protegerlas abusó por el contrario de ellas, entregándolas luego á los soldados, que después de haber cometido los mayores ultrajes les cortaron el pecho, las quemaron con las baquetas de los fusiles y dejaron los cuerpos expuestos en el dique que va desde Bodegrave á Woerden. Á otras, después de cortarles el pecho, les echaban pimienta, cal y algunas veces pólvora, aplicándoles fuego para hacerlas morir más cruelmente. Uno de aquellos infames que en Bodegrave había hecho la inhumanidad de cortar los pechos á una señora en el momento del parto, poniéndole luego pimienta, murió en el hospital de Nimega, en un acceso de locura producida por los remordimientos de conciencia que continuamente le representaban á aquella infeliz criatura, creyendo siempre oírle exhalar dolorosos gritos. Á otras les ataban á los árboles por los cabellos ó por debajo de los brazos, para que en vergonzosa desnudez quedasen expuestas á todas las inclemencias del tiempo. Á un barquero le clavaron las ma-

nos al mástil de su nave, violando á su mujer en su presencia é impidiéndole bajo pena de la vida que apartase la vista de aquel infame espectáculo. Otros maridos sufrieron la misma suerte, siendo obligados á palos y sablazos á ser testigos de tamaños ultrajes (1). Ni aun se respetaron los cadáveres; dos que llevaban á enterrar, fueron despojados de sus mortajas, arrojando uno de ellos al fuego con el ataúd y siendo el otro sepultado en el agua.»

Los Franceses gozaban de la opinión de inteligentes como sitiadores, pero eran poco temibles en campo raso; de aquí el que Luis XIV prefiriese la guerra de asaltos, porque en esta bastan la constancia y el método, mientras que para las batallas se requiere genio y fortuna, exponiéndose el general en este caso más de lo que al rey Luis le agradaba (2). Pero Condé y Turena trataban de demoler todos los fuertes holandeses, porque decían que las conquistas no se lograban con guarniciones sino con ejércitos y marchas ligeras, debiendo reservarse solamente para el caso de retirada forzosa una ó dos plazas fuertes. Añadía también Turena que si el rey de España hubiese empleado en tropas ligeras para la guerra de campaña los hombres y el dinero que había gastado en sitios y fortificaciones, no hubiera habido poder igual al suyo. Louvois, que quería aumentar la importancia de su ministerio y tener mayor número de empleos de que disponer, no hizo caso de la opinión de Turena, y así fué como se salvó la Holanda. Los Holandeses inundaron el país, rompiendo sus diques, y Luis, á quien gustaba la guerra, cuando daba pronto un resultado favorable, la abandonó para celebrar sus triunfos y embriagarse con los aplausos, antes de haberlos ganado.

Ya las potencias envidiosas se habían preparado á hacerle frente, y Orange, hombre impasible, que no abrigaba otro sentimiento más que un profundo odio á la Francia, había dispuesto una gran coalición para luchar con él. Carlos de Inglaterra, que obraba contra los intereses y voluntad de su país, se vió en el caso de restablecer la paz. La España y los imperiales, conociendo sus intereses, se unieron á la Holanda, y Montecúculi mereció ser el jefe de los capitanes franceses. Los invasores que no habían querido dirigirse á Amsterdam, cuando nada se les hubiera opuesto en su camino, tuvieron que salir de Holanda para marchar contra la liga, á la cual se habían unido ya la Dinamarca y muchos príncipes de Alemania. Á pesar de todo Luis XIV tenía un solo ejército, con una voluntad única, fronteras bien guardadas, y emisarios y espías por todas partes: de modo que luego que hubo entrado en

(1) *BASNAGE, Annales des Prov. Unies.*

(2) «Je veux avoir ce mérite de plus á la guerre, et faire voir que je sais embarrasser mes ennemis par ma seule présence.» *Œuvres*, IV, 84.

«Si quelque roi doit avoir ces considérations, c'est assurément celui qui voit consister á sa seule personne tout le bonheur ou la perte de son Etat.» II, 426.

Montecúculi.
1674.
19 de enero.

el Franco Condado, tomó á Besangon, país que jamas ha podido arrebatarse á la Francia.

En estas luchas el nuevo arte de la guerra hizo grandes progresos, señalándose con célebres batallas y prodigios de valor, pero sin que todo esto influyera en lo porvenir. Lo contrario acaeció á Washington, que en nueve años que tuvo el mando, no ganó una sola batalla notable, logrando sin embargo libertar á las generaciones futuras. El corazon no puede ménos de conmoverse al pensar en las causas de guerras tan calculadas como inhumanas. Luis habia ayudado á los Venecianos en la guerra de Candía, á fin de obtener el capelo de cardenal para dos de sus protegidos, y desanimar á los protestantes, haciéndoles ver la union de los príncipes con el papa; y aunque se habia convenido ya secretamente con la Puerta la rendicion de Candía, sin embargo, el combate continuaba, peleando los Franceses con su acostumbrado valor, y siendo exterminados una gran parte por la peste y por las balas, solo porque habia razones de alta política para no levantar el sitio. Se dió como causa de la guerra de Holanda *les sorprendantes hauteurs* de los Estados; y en breve Louvois promovió nuevas guerras para no verse obligado á tener que reformar una ventana que el rey halló á distinta altura que las demas.

El mariscal Turena, héroe de aquella campaña, fué mortalmente herido por una bala de cañon en Saltzbach, contando á la sazón sesenta y cuatro años; y se le dió sepultura en el panteon de los reyes como á Duguesclin. Fué el padre de sus soldados y el azote de los pueblos; de aspecto glacial y nada caballeresco, sacrificó segun su costumbre los deberes de la humanidad á las leyes de la guerra y á sus deberes de general, asolando de una manera horrible el Palatinado. La guerra entre él y Montecúculi fué ciertamente un ejercicio de arte, una rivalidad de astucias, de paciencia y de actividad, no pudiendo contar el uno con que el otro cometeria mas descuidos ó torpezas que las que él mismo hubiera cometido encontrándose en su lugar. Montecúculi continuó sus victorias hasta que fué hecho prisionero por el príncipe de Condé. Este se retiró á pasar tranquilamente sus dias, y Montecúculi se separó tambien del servicio, protestando que el que habia peleado con Mahomet Caproli, Condé y Turena, no debia comprometer su fama con otros (1).

Continuóse, sin embargo, la guerra lentamente con marchas y sitios, sucediendo en el mar los acontecimientos principales. Sublevada Mesina contra España, el Holandés Ruyter marchó á combatirla en virtud de la alianza establecida; pero Duquesne, almirante de Francia, le salió al encuentro cerca de Lipari, sosteniéndose la lucha sin ventaja de una y otra parte

Batalla de Lipari, 1676, 16 de abril.

(1) Diga lo que quiera Hugo Foscolo, ciertamente Montecúculi aconseja destruir al enemigo infestándole el campo de enfermedades contagiosas tit. I, c. 3.

(tan grandes eran los cuidados prodigados en aquel tiempo á la marina), hasta tanto que habiendo muerto aquel, fueron arrojados los Holandeses del Mediterráneo. Estos son los primeros descalabros que sufrió la Holanda en el mar. Los Franceses, que hubieran podido conquistar la Sicilia, se hicieron odiar por sus afectados modales y artificiosas supercherias; y Louvois, por otra parte, envidioso de Colbert, no preparó los medios de conseguirlo, viéndose obligados muy pronto á dejar el Mediterráneo.

Ninguna de las partes beligerantes atendia al interés nacional, si bien ninguna de ellas tenia ya fuerzas para continuar combatiendo: el emperador á fuerza de imponer contribuciones á la Hungría, la habia puesto á punto de rebelarse; España se debilitaba de dia en dia: el imperio se hallaba en la mayor confusion, reinando completo desacuerdo en las deliberaciones que se adoptaban, y una lentitud suma en el cumplimiento de las mismas; Holanda perdía su comercio por suministrar frecuentes recursos á los aliados; Francia, en fin, se encontraba exhausta, y confiaba que las victorias la pondrian nuevamente en su antiguo estado de esplendor. Carlos de Inglaterra recibia socorros de Francia, pero el enlace de María de York con su tío el estatúder Guillermo entibió el resentimiento de estos dos hombres; al paso que los Holandeses concebían serios temores por su libertad.

Entabláronse, pues, diversas negociaciones, con las que pretendia Luis desunir á aquellos á quienes Guillermo habia reunido para la libertad de la Europa, y contra el deseo de este príncipe se firmó la paz de Nimega por mediacion de Inglaterra. Por grandes que fueran las dificultades que surgieron de que Francia prohibiese la introduccion de los géneros holandeses, se acordó sin embargo la paz con los Estados Generales, cediendo á Maestricht y todos los restos de las antiguas conquistas. Separada Holanda de la gran alianza, Luis pudo ya dictar leyes á los demas países; hizo que España le cediese el Franco Condado y muchas plazas de los Países Bajos, restituyendo algunas de las adquiridas por el tratado de Aquisgran ó durante la última guerra. Mayores exigencias tuvo con el emperador á quien obligó á que le cediese á Friburgo, que era la llave de Alemania. Despues de nuevas batallas, Brandeburgo y Dinamarca renunciaron á las conquistas hechas en Suecia, ajustando la paz con aquellas y con Holanda. Carlos de Lorena fué reintegrado de sus pérdidas, pero con tan humillantes condiciones que prefirió mas bien no aceptar nada. Los Holandeses no perdieron mas que los grandes gastos que ocasionó aquella guerra. España, que no tenia interés alguno en la contienda, fué la que pagó la paz, quedando sin garantías, de manera que hizo alianza con Inglaterra para asegurar la posesion de los Países Bajos.

Francia habia roto las hostilidades para satisfacer su sórdida venganza y ciega ambicion, y tuvo la dicha de salir vencedora; pero Luis, aba-

tiendo á los Witt, elevaba á su mas poderoso rival. Otro hecho habia que demostraba la superioridad de Francia; mientras que treinta años ántes apenas se conocia la lengua francesa por algunos en Osnabruk, en esta época la hablaban todos y desde entónces se hizo el idioma de la diplomacia (1). Completamente victorioso Luis, fijó mejor sus fronteras, hizo célebre el valor de sus capitanes, y manifestó mas y mas su insaciable codicia é inutil barbarie, obteniendo no obstante el título de Grande.

CAPÍTULO VI

Nuevas guerras. — Bombardeos. — Paz de Ryswick.

Fin de Colbert, 1683, 6 de setiembre.

Louvois habia oscurecido á Colbert, de modo que puede decirse que en 1670 no existian en el reino vestigios de su influencia, y los intereses del comercio y de la industria se pospusieron á la política exterior; un ministro de hacienda entónces no debia atender mas que á investigar los medios, cualesquiera que fuesen, de dirigir acertadamente la guerra. Hubiera debido Colbert renunciar á un puesto que no podia ya conservar con honor, pero el heroísmo de aquellos tiempos dificilmente llegaba hasta el punto de hacer frente á la voluntad de los reyes; nosotros reconocemos de buen grado que se necesita valor para permanecer en un puesto en que podia evitar mayores males, sometiéndose á la execracion de un pueblo que le maldecia por los infinitos agravios que habia recibido, y á la amargura consiguiente á ver arruinados en su nombre los principales establecimientos en cuya prosperidad habia puesto su mayor empeño, y que ocupaban soldados aquellos puestos que él habia destinado para los que cultivaban las ciencias y la industria. Á pesar de todo, Luis recibia siempre mal á este ministro, y llegó hasta echarle en cara la economía con que Louvois habia construido las fortalezas de Flandes. Este golpe arrojó de tal manera á Colbert que cayó gravemente enfermo, y cuando Luis mandó á informarse de su salud, aquel exclamó: « No me habléis ya del rey; que me deje á lo mé- nos acabar en paz. Si hubiese hecho por Dios lo que he hecho por él, me habria salvado dos veces: ahora no sé lo que sucederá. »

Despues de Sully, Colbert fué el ministro mas útil y mejor que ha tenido Francia. El orgulloso Louvois pudo ya desde este momento lan-

(1) El obispo Newton, al tratar de Inglaterra bajo el dominio de Cromwel, dice: « La república y Cromwel no querian rebajarse á pagar á ninguna nacion extranjera el tributo que comunmente se ha pagado al rey de Francia, es decir, tratar los asuntos en la lengua de esta nacion. Creian que esto era una cosa vil é indigna de una nacion libre. Tomaron en su consecuencia el noble partido de no escribir á nadie ni recibir pliego alguno que no estuviera escrito en latin, que era comun á todas. Hubiera sido de desear que los príncipes que le sucedieron, hubiesen imitado su ejemplo, pues segun la opinion de hombres entendidos, la universalidad de la lengua francesa debe traer consigo la universalidad de su monarquía. »

zar á su soberano por la senda fatal de la preponderancia y de la ambicion; y no queriendo por otra parte disminuir el poder con el desarme del ejército, aconsejó al rey empezase una guerra de fiscalizacion, que tendria por resultado otra de armas. Le hizo crear *cámaras de reunion*, las cuales examinaban la estricta extension de las concesiones y *dependencias* obtenidas segun los tratados de Westfalia, de Aquisgran y de Nimega, publicando con este objeto dos leyes nuevas en el derecho, ó puramente francesas; siendo la primera, que, segun la ley sálica, toda tierra que hubiese pertenecido una vez á la corona, no podia ya ser separada de ella; y la otra, que todos aquellos príncipes que poseyesen señoríos procedentes de los Estados episcopales, y que hubiesen sido cedidos al rey de Francia, debian reconocer su soberanía sobre tales posesiones. De esta manera Luis se hizo con mayores países que con la guerra, sosteniendo sus pretensiones con mantener en pié el ejército cuando ya las demas naciones habian licenciado el suyo. Por tanto, despues que la cámara hizo las convenientes adjudicaciones, Louvois marchó con el ejército á sorprender varios puntos, y especialmente Strasburgo, llave del Rhin, donde halló un magnífico parque con novecientas piezas de artillería.

Por este tiempo el mar era el campo en que se media el poder de las naciones; por tanto Luis tenia vivos deseos de hacer ver las cuantiosas fuerzas que en él habia reunido.

Los cuatro Estados berberiscos de África continuaban amenazando al comercio y á las costas meridionales de Europa. En el año 1500 Hassan, que se jactaba de ser descendiente de Mahoma, y que observaba su religion, la reformó en Marruecos tomando el nombre de Sgerif, con el cual sus hijos ocuparon tambien á Fez y extendieron su imperio hasta los confines de la Guinea. Despues, en 1630, Muley-Abdel-Meleck tomó el título de emperador, declarándose independiente de la Puerta, y siguiéndose de aquí la mas desenfadada tiranía, la cual nace siempre que se reúne el poder político al espiritual.

Argel, Túnez y Trípoli eran gobernados bajo la supremacía del gran señor con la forma de una república militar, que se redujo posteriormente en los dos últimos puntos al mas puro despotismo de los beyes ó gobernadores. Argel continuó con su antiguo gobierno, bajo el poder de un dey, que quiere decir tio materno, el cual llegó á ser muy poderoso en el tiempo de que hablamos; y despues de haber hecho mil correrías por el Mediterráneo, desembarcó hasta en las islas de la Madera, Irlanda é Islandia. Pirateteaba con cincuenta naves, componiéndose la tripulacion de cada una de ellas de trescientos ó cuatrocientos hombres; este monstruo habia sepultado en sus mazmorras á mas de veinte mil Cristianos; colgaba á los prisioneros holandeses, y quemaba á los españoles para parodiarse de este modo sus autos de fe. Holanda propuso una liga para poner término á tales piraterías,